

QUINO

CUANDO NENE NAUFAQO
NENE TIQUITO, NO TABIA
JUGAD NI NADA



problemas sociales españoles de la época contemporánea: la separación o confusión entre Iglesia y Estado (1).

Dos trabajos publicados en la incitante colección, promovida por un grupo de cristianos inquietos y críticos, que viene al mercado del libro español oportunamente, porque aporta datos que deben hacer reflexionar a los ciudadanos de nuestro suelo en la situación poselectoral, y así no olvidar las enseñanzas aportadas por el pasado más o menos inmediato y no caer nuevamente en los mismos defectos de épocas anteriores.

Arbeloa hace un resumen de los datos que tan paciente e inteligentemente ha investigado sobre este tema, en el cual se ha hecho el primer especialista del país. Pasa por sus páginas el siglo XIX con las dificultades que tuvo el liberalismo religioso para influir en nuestras Constituciones, que siempre estuvieron demasiado marcadas por la intolerancia de nuestro alto clero.

En el libro de Arbeloa apreciamos la energía consumida por los obispos y católicos oficiales en mantener el estrecho maridaje y confusión entre Iglesia y Estado, con el fin de no perder la situación de injusto privilegio que el catolicismo tenía, y tiene entre nosotros, siempre en demérito de su independencia y falseando además con ello el mensaje que debería estar abierto a todos y ser defensor de los derechos y libertad de cada uno, como proclamó el reciente Concilio Vaticano II. Nosotros no fuimos representantes de este auténtico cristianismo universa-

(1) Victor Manuel Arbeloa. Separación de la Iglesia y el Estado en España. Ed. Mañana. Madrid, 1977. Pope Chao. La Iglesia que Franco quiso. Idem.

lista, sino del reaccionarismo religioso que pronto se convirtió en lo que se ha dado en llamar el nacional-catolicismo.

Es curioso leer en estas páginas la postura del tradicionalista Vázquez de Mella que defiende "la separación económica" y la "separación administrativa" entre Iglesia y Estado, propugnando sólo una "unión moral". Actitud más abierta que la de otros católicos de aquella época que hacían figura de ser aparentemente más avanzados, pero que en este terreno se quedaban muy atrasados. Se indignaba este prócer católico —mezcla muy hispánica de severo doctrinario y complaciente corredor de faldas— de que la Iglesia quisiera en su época "extender la mano y ser postulante del César", y llegaba a pedir que se rompiera definitivamente el Concordato que maniató a la Iglesia y la confundía con el Estado. Leemos también en este breve libro datos ejemplares, como el del republicano profesor Azcárate, que mantenía la laicidad del Estado porque un católico debe aspirar no a cristianizarlo, sino a hacerlo justo, ya que "quien a la justicia sirve, a Dios sirve", adelantándose con ello a la postura católica actual. Más tarde transcribe el libro el proyecto religioso del erudito católico Torrubiano para las Cortes de 1931, que hubiera encauzado excelentemente nuestra política religiosa de la segunda República si hubiera sido aceptado entonces.

Un conjunto de apéndices enriquecen estos muy interesantes datos aportados por Arbeloa.

Resulta el otro pequeño libro escrito por Chao una obra redonda, porque está escrita con una singular fluidez y amenidad que la hacen agradable, sin demérito

de su erudición y de los oportunos comentarios que contiene.

El nacional-catolicismo franquista se vive a través de sus 85 páginas mejor que en su libro más extenso, publicado hace un año aproximadamente y en el que se entendió más sobre este mismo tema. Desfilan por las actuales páginas catecismos, pastorales, discursos y documentos tan bien entramados que resultan casi un singular relato histórico con un vivo protagonista que resulta ser la doctrina cerrada encarnada en los mil detalles históricos de estos cuarenta años franquistas.

Esta colección de la Editorial Mañana, enraizada en nuestros problemas concretos, vale por centenares de libros insulsos y sin garra, o simplemente abstractos tras espectaculares y engañosos títulos, que se publican hoy en España y que han producido la crisis tan acentuada del libro religioso en el país. ■ E. MIRET MAGDALENA.

CINE

La búsqueda de una pureza popular

Película de programación obligada en los "week-ends" fronterizos, de incesante comentario tras cualquier viaje al extranjero, "El Decamerón" de Pasolini ha sido uno de los mitos cinematográficos mejor forjados por la censura franquista. Sin que tal censura haya desa-

parecido realmente (¿hasta cuándo?, ¿cómo puede subsistir un organismo así dentro de un Ministerio que ahora se autocalifica "de Cultura"?), el film llega ahora a las "salas especiales" de nuestro país con seis años justos de retraso desde que se estrenara internacionalmente en el Festival de Berlín de 1971. Y llega, eso sí, íntegro, aunque conservando el notable oscurecimiento del plano en que aparece el pene erecto del jardinero que "consuela" a las monjas del convento, impuesto por los organismos censurales de otros Estados como condición inexcusable —en su día, claro— de la exhibición pública del film.

Al igual que sucede con los buenos vinos, puede decirse que "El Decamerón" pasoliniano ha ganado con el transcurso de los años. Lo que en su momento se consideró como un "descanso" dentro de la compleja y atormentada trayectoria del cineasta italiano, lo que se tuvo como una "evasión" ante la ausencia de perspectivas reales que percibía un intelectual comprometido como él, se muestra hoy en plena vigencia y perfectamente coherente con el resto de su obra. La nueva mirada, más en profundidad, más responsable, con la que se ha observado la filmografía de Pasolini después de su muerte, el distanciamiento respecto a "pequeñas querellas" que nublaban la visión serena de su trabajo, siempre interrogante, siempre insatisfactorio consigo mismo, contribuyen decisivamente a esta mejor valoración. En la que no se mezcla ningún sentimentalismo mitificante ni debe influir el hecho de que —en un escrito dado a conocer después de su